

De las blasfemias y otros tacos

Es en la blasfemia donde la estupidez del hombre toca techo. Porque, la blasfemia es una rebelación del hombre, en su forma más curda contra los poderes establecidos, en el caso que nos ocupa, contra Dios. Y hay en esta conculcación de tantos valores humanos, como un deseo de sobresalir a nuestra propia impotencia. No cabe duda que nuestra emulación nos sujeta a la derrota, como consecuencia de este orgullo que el hombre lleva hasta la tumba. Dice y hace cosas que le sitúan en una falsa esfera de superioridad y cuya única salida es la blasfemia, que le sumerge en sus propias heces.

En muchísimos casos yo he podido comprobar que la blasfemia sale de la boca del blasfemo sin haber sido meditada, quiero decir, sin que el que blasfema se dé cuenta de lo que dice. Blasfema porque sí, por costumbre, para demostrar lo indemostrable: que él no necesita dioses para vivir, y que es muy dueño de hacer y decir lo que le plazca porque en el fondo -dice- no cree en Dios. Y esto me lleva a una pregunta: ¿por qué blasfemas contra Dios y las cosas sagradas, si nada de eso existe? ¿No será que en el fondo no eres tan ateo como dices?

El blasfemo casi nunca se oye. Yo he llamado al orden a muchos que blasfeman, y él a su vez, me ha preguntado muy sorprendido: ¿Por qué me dices eso, qué es lo que he dicho? En este caso puede que la blasfemia pierda su virulencia, pero no impide que sea una ofensa grave contra Dios y una falta de respeto para los que están cerca de nosotros. Para los verdaderamente creyentes, oír la blasfemia es algo tan repelente, de tan mal gusto, que no lo pasaríamos peor si

fuéramos atacados físicamente.

Ahora se oyen blasfemias hasta en las películas, que no es ese grosero taco de que están llenos los doblajes de las películas extranjeras y de las propias, las que se ruedan en los estudios españoles.

Las blasfemias van directamente contra Dios y los santos y hasta contra los vasos y elementos sagrados. El taco, sublimizado por Cela, nuestro verdísimo premio Nóbel, no deja de ser una manera de ensuciarlo todo, de vulgarizar lo bello, lo exquisito, con palabras que pueden ser sustituidas por otras, -rico es el castellano en este terreno- que no hieren el gusto de nadie.

No debemos escandalizarnos porque nuestro premio Nóbel y otros más, hayan elevado las palabras soeces a la categoría de cultura. Y es cultura. Pero una cultura que hiere los tímpanos como un bofetón en la mejilla.

El blasfemo puede que no se oiga, que su blasfemia no lleva en sí tanto odio por aquello que decíamos antes de que no ha sido meditada, pero eso no le excluye de culpa, pues el vicio -ya lo hemos dicho alguna vez- es la consecuencia de un acto repetido. Nos hacemos borrachos por repetición, nos hacemos jugadores por repetición, nos hacemos drogadictos, porque aquel que empezó por curiosidad, ha ido adueñándose de la voluntad del individuo. Cuando esa acción inocente en principio se ha adueñado de hombres -y mujeres-, ha nacido el vicio. Pero todo tuvo un principio, un reconocimiento del individuo de saber lo que hacía y de calibrar lo que podía pasar. Y así ocurre con la blasfemia, un día se la oyes a tu padre y otro día la dices tú. Y no ha pasado nada. Nadie te ha detenido, nadie te ha

señalado con su dedo, pero tu blasfemia, que ha quedado impune, te ha marcado. Y esa ofensa contra Dios o los santos, se ha quedado suspendida en el éter, como algo que no encaja en la belleza del universo y de un Dios que no te ha creado para que tú le escupas en la cara.

Sé que algunos que me estén leyendo, dirán, influidos por el ambiente que viven, que eso ya no se lleva, que la blasfemia ya no existe, que yo me estoy pasando de rosca. Pero no llevan razón, la blasfemia está vigente, en fábricas, en el campo, en algunos ambientes deportivos, según hemos podido escuchar en televisión, después de algunos partidos y en boca de quien menos debía hacerlo, en boca de los entrenadores. La blasfemia, ese desagüe de mal gusto, de la ordinariez, de la horrerada, se sigue escuchando, meditada o no, cuando algo no sale a su gusto, o por el simple placer de renegar de lo divino y de lo humano. La blasfemia es nefasta en el adulto, pero oída en labios de un niño o un adolescente, es algo que a mí siempre me ha dejado sin resuello.

Hace ya algunos meses, los espectadores que vemos el programa de Canal Plus "El día después", oímos, sobrecogidos, cómo el entrenador del Real Madrid, Floro, que lo era en aquella época, daba rienda suelta a su disgusto blasfemando de una manera que hizo trizas la figura moral del entrenador. A raíz de aquello yo le hice un soneto, que creo que no ha perdido vigencia a pesar del tiempo transcurrido. Es este:

¿Qué paso amigo Floro en tu domingo,
cuando te huyó la suerte en forma llana,
y persiste, por lucha casquivana,
a las cosas sagradas como un pingo?

¿Por qué las huestes blancas, de rodillas,
en las losas heladas del vestuario,
quién mereció de ti un vocabulario
que hiere del oído las ternillas?

¿Qué falto al paladín, que deseaba
que un gol espantara la conjura,
si era el destino cruel quien te marcaba?

¿Qué ayudó a tu desdoro, si negabas
todo tu apego a la jugada dura,
y por si fuera poco blasfemabas?